

# La historia contra la historia

JORGE ARIAS DE GREIFF\*

Como el debate de la historia tiende a esfumarse, como el diálogo del N° 316 del *Magazín del Espectador* quedó por parte del moderador la impresión de que se trataba de falta de diálogo entre generaciones y como por las discusiones se vio la imposibilidad de lograrlo, obviamente porque el problema no es generacional: plantearlo como tal es simplemente una manera de evaporarlo; como más tarde, del número 20 de esta Revista de la Universidad Nacional, quedó la sensación por parte del profesor Germán Colmenares que el problema era metodológico y por parte del maestro Arciniegas que nos había invitado a unos santos, los del General Santander y el de la América, que serán espléndidos lonches; con títeres y a los que no faltará mago —y no olvidaremos el regalito—, me parece indispensable reabrir el debate. Pero como el profesor Colmenares, en sus comentarios, pasó rozando la clave del problema, quiero aquí ponerlo en evidencia a partir de ese punto.

¡Exorcizar la historia! Desde luego que sí, si se trata de exorcizar su uso como legitimadora de dominadores, de clases dominantes, como conductora de ciudadanos en beneficio de ellos y ellas.

¡Enterrar la historia! Jamás de los jamases, ni siquiera enterrar los textos y manuales canónicos de esa historia; ellos son útiles a los investigadores de la historia, para el conocimiento de los momentos históricos en que fueron formulados; para clarificación de las hegemonías que los exigieron, que con ellos se hicieron hegemónicas. Enterrar, eso sí, el concepto de "Historia Oficial".

Esta historia oficial que poco explica, debe dar paso a un esclarecimiento y entendimiento del pasado que lo haga interesante y creíble, para nuestras juventudes.

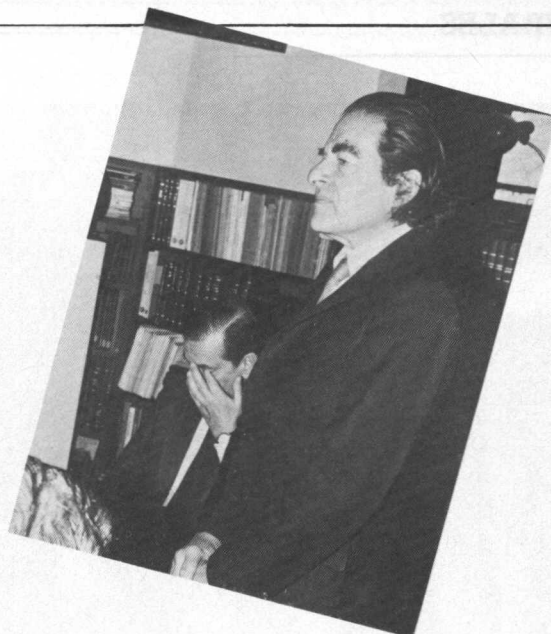
Limitarse a una única visión oficial, acartonada y parcial, imponerla, obligar a memorizarla, y excluir las demás es una descortesía con las juventudes de la Patria; sus inteligencias deben abrirse a todas las opciones de entendimiento; ningún texto deberá volver a ser "canónico" y "oficial".

Si bien el profesor Colmenares parece resignado a una poca utili-

dad de la historia, se acerca a la clave de su necesidad: le encuentra utilidad dado que enseña algo sobre la naturaleza del cambio social, que no es otra cosa que entender la historia de la sociedad, o sea la historia, y como ese cambio es continuo y llega hasta el presente, sirve la historia para entenderlo.

Exorcizada, desprovista de cualquier idea de "finalidad de la historia", exonerada de la obligación de rendir culto a la personalidad, y desmitificados sus personajes, relevada de jugar un papel en el mito de origen de las naciones que resultaron de la Revolución Burguesa, proceso que la atomizó en numerosas historias patrias, en contradicción todas ellas, entonces sí, la historia, convertida en reflexión desde cada presente, a lo largo de todo el tiempo hasta el presente, a lo ancho de los espacios geográficos (desde luego desbordando esa reflexión las fronteras patrias), y en lo profundo de las estratificaciones sociales, puede servir para entender el presente. Desde luego que para ello dispone de todas las herramientas que aportan las modernas ciencias sociales, incluido el "baratillo metodológico" de la Escuela los Annales. Que este conocimiento del presente es necesario lo saben nuestras

\* Ex-rector de la Universidad Nacional.  
Miembro de la Academia Colombiana de Historia.



## El hombre que vivió en el limbo

clases dirigentes, inteligentes ellas; saben que para actuar con éxito sobre la sociedad hay que conocerla y entenderla, con estudios que incorporen siempre el análisis histórico. Aparece aquí cómo las clases dirigentes se diferencian de las dominantes por su actitud frente a la historia; necesitan entender el presente para lograr capacidad de intervención sobre la sociedad; entienden la investigación y el conocimiento como fuerza productiva; necesitan capacidad de manejo certero frente a la dependencia, o al menos dentro de ella. Es por esto que nuestras clases dirigentes, nuestros gobernantes de las últimas presidencias, incluida la actual, se han rodeado de asesores de las ciencias sociales, de la "nueva historia" (llamémosla así); ellos saben que de los medios universitarios, que ya han alcanzado niveles de excelencia, pueden salir las respuestas a sus inquietudes e interrogantes; por ello los consultan y también les financian las investigaciones: simplemente los necesitan. Las clases dominantes necesitan la historia para otra cosa: para su eterna legitimación.

El rehacer el análisis desde cada presente, al reescribir permanentemente la historia, lleva a confrontar

la explicación del pasado con el presente. Se me ocurre aquí ver la historia como un problema de aquellos que la física teórica denomina de "condición de borde". El borde de la historia es el presente, que se conoce como presente y no como historia; presente, que la reflexión histórica debe reproducir, o al menos aproximar. Cuando el profesor Salomon Kalmanovitz, en el citado reportaje del *Magazín del Espectador*, se atreve a confrontar el presente en que estamos con la sacra imagen de Santander y la confrontación lo lleva a dudar de la validez de la imagen, está entendiendo la historia como un problema de "condición de borde".

¿Qué hacer entonces con los grandes hombres de la Patria? Estudiarlos críticamente; del análisis de su actuación, del de sus intereses, del papel que jugaron en las confrontaciones de las fuerzas de su época, de su actividad como elementos del contexto que la permitió o determinó. Entenderlos será su honra y su enaltecimiento.

Exaltarlos sin más ni más es exponerlos al ridículo. Y esto le pasó a Caldas conmigo: lo presenté como prócer de la Patria, ante el Comité de Nomenclatura lunar; cometí el error histórico de repetir los lugares

comunes de la historia patria; por ello lo dejé sin cráter en la Luna. Del firmamento están proscritos los próceres, para ellos no habrá nombres en los astros. El planeta Mercurio, el mensajero de los dioses, por ejemplo, está destinado a los artistas, los dioses en persona: allí están los poetas y los músicos, los novelistas y los pintores, los escultores y los genios del teatro. La Unión Astronómica Internacional no acepta próceres en el cielo.

Queda entonces el culto a los próceres en el limbo; ahora ya no volverán a ser un estorbo a la investigación histórica, no serán obstáculo al entendimiento del pasado y por ende del presente. Ese culto no es la esencia de la historia; antes de los próceres, la Patria —la tierra de los padres, y de las madres en la América— tuvo historia, no únicamente "antigüedades", es decir momias, virreyes y tiesticos de los indios.

Desaparecidos los próceres, la Patria siguió teniendo historia, no como lo hace creer la beatería esencialista al insistir en que la tarea que ellos cumplieron fue lo definitivo, y que basta con ello. De la controversia de la historia contra la historia, saldrá ganando la Patria que seguirá teniendo historia.